

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

TRES LECTURAS Y UN MITO

MELVILLE Y EL LEVIATAN

La mano invisible que nos guía hacia los libros me ha llevado este verano a una triple lectura de misteriosa unidad: Herman Melville, James Joyce y Virginia Woolf. Tres autores atlánticos, místicos a su modo, espejo roto los tres, a través del mito, de una fraternidad imposible, de una comunidad humana inalcanzable, pero no despegados de su tiempo y su cultura, sino, al contrario, doloridos en vida y muerte por la ciega ferocidad de una civilización depredadora, a la que acaban sucumbiendo ellos también personalmente. Su obra, de una belleza creadora emocionante, es, en cierto modo, una noble huida a bordo del símbolo marino y el reconocimiento mortal de una desesperanza. Se trata de una obra que atestigua la impotencia de una ideología y de una organización social por impedir la absurda y criminal condición —que ellas mismas crean— de unos hombres que son lobos para el hombre o, en todo caso, extraños a él, incapaces de amarle, de ser algo con él en comunión. He de añadir que su lectura —incompleta, por supuesto— y la de algunos de sus comentaristas ha sido para mí un apasionante diálogo de reflejos y de continuas proyecciones.

Las narraciones de Herman Melville tienen el apasionante interés que hace latir a nuestra incurable adolescencia, pues su tema es el mar de los viajes exóticos, de los cazadores de ballenas, de los motines de la marinería, más allá de la idílica aventura. La amargura salobre del alma, que tan duramente hirió a R. L. Stevenson y al suicida Salgari, rezuma en los episodios marinos de Melville, el cual fue, ante todo, hijo sensible de una familia arruinada que embarcó de grumete y vivió —desconcertado y apaleado— la salvaje construcción del imperio económico de las potencias atlánticas.

El primer terror del hombre-niño es la ambigüedad fundamental del mundo, la eterna ambivalencia del universo, del bien y del mal que nos acosan. Las apariencias, más que ocultar la verdad, aterrorizan porque pueden engañar. El ballenero que llega a la isla de Nouka Hiva se plantea cómo distinguir a los pacíficos Happers de los Taipis, canibales. Mas tampoco estará claro dónde reside el bien y el mal en cada tribu. El respeto que Melville demuestra por todo lo que en el hombre es irreductible al sistema civilizador imperante, su fraternidad roussoniana, que en «Omoo» denuncia los genocidios espirituales que los misioneros realizan entre los salvajes, esbozan ya un primer Leviatán. ¿Quiénes son los canibales? El estado de naturaleza es la guerra de todos contra todos. El hombre devora al hombre. La sociedad humana que civiliza y doma se halla todavía en estado natural. El Leviatán es un mundo inseguro, incierto y aparente, que engaña y hace daño. Es la obra de Dios pero también del hombre. Si éste se rebela contra aquél

lo hará también de modo feroz e injusto, hará daño a los demás y a sí mismo. Acabará hundiéndose con el mundo y con Dios en el infierno del mar, como el capitán Acab y la ballena blanca.

Moby Dick es el símbolo del misterio de la naturaleza y del mundo. La ballena es el cósmico Leviatán que manifiesta el poder de Dios y la profundidad del alma por debajo de las aguas aparentes y superficiales. El panteísmo de Emerson o del Thoreau de los bosques de Walden es ilusorio. La relación del hombre con el mundo es una dialéctica cruel y sin salida. La ballena es el terror de la trascendencia. Es blanca por mística. Es inocente pero hace daño. Es el maná que alimenta, pero es feroz y ataca. Su suavidad engaña, es equívoca y ambigua. El blanco es un color de máscara y un presentimiento de las inmensidades vacías del universo.

El capitán Acab, según J. J. Mayoux, sería la pura pasión religiosa, separada de toda fe y arruinada por una separación casi esquizofrénica del mundo. Rehúsa participar en la búsqueda del hijo perdido de otro capitán para perseguir fanáticamente a la ballena que le arrancó una pierna. Acab es el hombre rebelde y maldito que se enfrenta al orden cósmico y a la fatalidad, al Dios calvinista de la predestinación y del dinero. Es un Prometeo sacrilego que quiere destruir a quien destruye. Pero, sobre todo es el símbolo doble del civilizador que ataca a la naturaleza y a su Creador y del revolucionario que se rebela contra todo lo que desborda a su razón e impide su acción transformadora. ¿Quién es el Mal, quién el enemigo? ¿Acab o la ballena?

Acab-Melville quiere comprender, busca el absoluto más allá de la ciencia, quiere comunicarse (tal vez como Kafka) con Jehová, el dios cruel de la antigua ley. Como Edipo y Hamlet, Acab clava el arma —el arpón— a través de la máscara, de la cortina, del muro. Quiere penetrar lo impenetrable, pero acaba siendo otro Leviatán, desprecia a sus hombres, a sus colaboradores: «No sois otros hombres, sino tan sólo mis brazos y mis piernas». El hombre lucha contra el mal divino como un dios maldito.

Sin embargo, «Moby Dick» ofrece una salida a este círculo de maldición. El marinero Ismael se salva como Jonás sobre las olas después de haber amado al «buen salvaje» que muere al naufragar el ballenero. Sólo el reconocimiento del hombre y de la fraternidad entre las razas, sólo si se cree que no existe «ningún enemigo que al final no resulte un amigo» se le puede dar un sentido al universo y aceptar su misterio. La soledad infernal que es la muerte y la nada, que es el Océano, es redimida por la ballena, vista como «una dulce alegría, una poderosa suavidad, un reposo en el ímpetu».

En realidad, lo que constituye nuestra predestinación, el abismo, «lo hondo» —viene a decir Melville— es el horror del inconsciente, lo que está en nosotros y que nuestra conciencia no ve y sobre lo que nuestra voluntad no puede hacer nada. «Como el terrible océano rodea a la tierra verdeante, así en el alma del hombre se halla una isla de Tahití, toda paz y alegría, pero sitiada por todos los horrores de la vida semidesconocida.»

Esta profunda comprensión del hombre lleva a Melville a no creer en la culpabilidad de nadie. Todos son víctimas y hay que tomar su partido. En un mundo en el que todos somos huérfanos, la fraternidad se impone y, por tanto, la rebeldía contra todas las potencias de opresión y todas las imposturas. Esta actitud de ironía y desprecio, esta autonomía moral frente a los hombres y los dioses es un radical decir «no» («El funcionario Bartleby», su penúltima novela), que culminará en un desesperado silencio. Melville deja de publicar a los treinta y siete años. Hará poemas, viajará a las fuentes bíblicas de Jerusalén, dará conferencias y expondrá su nostalgia de la unidad espiritual de la Edad Media. Como Joyce y Virginia Woolf, su rostro se vuelve hacia el pasado ideal, hacia la supuesta seguridad filosófica del pre-racionalismo capitalista.

A los setenta y dos años, y unos meses antes de morir, publicará su última palabra: la historia de Billy Budd, marinero exposito, injustamente acusado de fomenta un complot cuando los famosos motines de la marinería inglesa en 1797.

Al ir a defenderse, Billy se queda sin habla —sarcástica evocación de las seguridades evangélicas— y mata de un golpe mudo a quien le calumnió. El comandante que le juzga y condena es, según se insinúa en la narración, su padre. Este le demuestra una extraña ternura pero debe condenarle. No es libre de hacer otra cosa y el sacrificio de Abraham con final feliz tiene aquí otra trágica evocación. Pero Billy ha encontrado por fin un padre que le comprende y le ama, y en el momento de ser ahorcado gritará «Dios bendiga al capitán Vere». Su muerte se aparece como una ascensión a la gloria. El gran mástil al que es izado por el cuello se vuelve cruz luminosa, de la que los marineros conservarán reliquias. Desde la altura, el vigía de mesana Billy Budd alcanza a ver la isla cristiana de la aceptación del sufrimiento y de la muerte, de la injusticia y del malentendido, del error y el horror de nuestra condición y hasta del silencio petrificante que nos impide hablar y defendernos. Abajo se mece la nave de la sociedad política del Leviatán, al vaivén del hondo mar. Más allá de la muerte está la esperanza de Herman Melville. Más acá, aquí, sólo la muerte injusta de un marinero ahorcado.

J. A. GONZALEZ CASANOVA

LA LOCURA Y LAS NORMAS

LIMITES DE LO RAZONABLE

De alguien que se ha vuelto loco decimos que «ha perdido la razón». La verdad es que, tanto «volverse loco» como «perder la razón», son expresiones del lenguaje corriente, marginal a la ciencia. Pero, precisamente en ese uso vulgar, de mero alcance pragmático, se establece un programa de conceptos bastante vívido, acerca del cual habría mucho que hablar. En un caso extremo, la noción de «locura» puede parecer clara: para los profanos, desde luego. Un médico especialista se resistiría a aceptar el término: no hay una «locura», sino muchas, y cada una con su etiología y su nombre específicos. Más aún: las fronteras mismas de la «locura» resultan difíciles de precisar técnicamente, y la gama de situaciones posibles es amplia y matizada. Incluso cabe negar la hipótesis de una «normalidad» psíquica. Todo el mundo, quien más, quien menos, tiene sus cosas aunque no lleguen a plantearse con énfasis patológico. Sea como fuere, no deja de ser curioso el hecho de llamar «razón» a lo contrario de cualquier «locura». Con independencia del enfoque clínico, nos hallamos ante una jerga del idioma, que nos coloca en la perspectiva de valorar una serie de palabras con la inercia de una tradición densa: «sensatez», «cordura», «juicio», «sentido común»... «Razón», en última instancia. Son vocablos poco claros. O demasiado, según como se mire.

Porque también en nuestras rutinas verbales de cada día, «sensatez», «cordura», «juicio», «sentido común», «razón», suelen servir para designar formas de comportamiento humano cuya calificación no pertenece al área de la Medicina. Por el contrario, proceden de una destilación social considerablemente obvia: reúnen y resumen ciertos modelos propuestos a la convivencia, y de mil maneras impuestos como tales, a base de una presión ideológica y material nada inocente. Cada sociedad insta una «norma» de conducta, y tiende a estimar «normal» sólo lo que a ellas se ajusta. Una de las excepciones maquinales de «loco», que empleamos a menudo, surge de ahí. «Está loco» es el comentario que se le aplica a quienquiera que hace algo «anormal»: fuera de las «normas». El disidente, el extravagante, el discolto, suscitan esa reacción. Y no es menos ilustrativa esta otra: «No está en su sano juicio». En la cual,

naturalmente, el adjetivo «sano» marca el tono: insinúa el prejuicio de la «enfermedad». El reproche puede ser suave, y no pasa nada, a lo sumo, una mezcla de desconfianza y de desdén acorrala a la víctima. Pero, a veces, la respuesta en la sociedad es agria y contundente, y el manicomio supe a la cárcel para reducir a los individuos incómodos. No hace falta que el caso sea estrictamente «político». Basta que la anomalía se presente como lo que es en alguna dosis excesiva...

He citado el manicomio. No es la única institución destinada a corregir el «anormal». Hay otras no tan aparatosas ni tan siniestras. El consultorio del psiquiatra, o mejor aún, del psicoanalista, por ejemplo. O la escuela. Respecto a las terapéuticas del «alma» —las del sistema nervioso ya es otro asunto—, nadie puede llamarse a engaño: para muchos pacientes, quizá la mayoría, «curarse» significa «integrarse», reasumir las «normas» que habían rehusado con mayor o menor insolencia. Que esa «curación» haga feliz a su beneficiario, ¿por qué no?, es más que probable. Al fin y al cabo, la «anormalidad» siempre es un manantial de angustia, y no por ninguna motivación estrictamente biológica —psicológica, si se quiere— sino por el ahogo social que la aflige. Las teorías de Freud únicamente suenan a válidas si se las encaja en esta premisa. Curar es reeducar. Y educar es inculcar «normas». Tenía su pizca de acierto aquella broma atribuida a Bernard Shaw: «la escuela es un instrumento creado por los adultos para defenderse contra los niños». Los niños no son «normales», no han aprendido las «normas», y van a la suya. La «normalidad», en efecto, es cosa de adultos. No en balde se llama «muela del juicio» a la que, a escala dentaria, representa el hito de ingreso en la madurez social. Contra los nenes, los mayores —los padres y el vecindario entero— han inventado la escuela. Me temo que todas las pedagogías, incluyendo las más «progres», atienden a esa necesidad.

Podríamos alargar la enumeración de máquinas «normalizadoras». Prácticamente, todo —lo que se dice todo—, en la sociedad, se concentra en mantener las «normas». Y no importa de qué tipo de sociedad se trate. Cada una

tiene las suyas, y no está dispuesta a ceder. Las «tolerancias», en algún episodio histórico o actual, se insertan casi siempre en la estrategia de la «norma»: como mal menor, como exultorio, como permiso. Los tabús y los tópicos, de alguna manera, se filtran a través de la publicidad, de los espectáculos, de las filosofías, de las policías... No olvidemos que, en buena parte, el Derecho Penal de todos los países descansa sobre el terreno ambiguo —tierra movediza— de la «normalidad». Los códigos son la quintaesencia de las «normas»: son las normas de fondo. Desde el punto de vista del juez, el «anormal» es, por un lado u otro, en un momento u otro, «criminal». Una corriente de pensamiento médico-filosófico promovió la reversión de los términos, y al «criminal» jurídico intentaron relacionarlo con el «anormal» enfermo, idea capaz de atenuar el rigor de las sanciones con el argumento de una determinada «irresponsabilidad». La «responsabilidad», en efecto, encadena con la «sensatez», la «cordura», el «juicio», el «sentido común», la «razón». En cada sitio y en cada tiempo, el complejo ideocrático pudo ser distinto, pero funcionó de la misma manera.

Y tampoco pudo ser extraordinariamente «distinto». Una de las argucias escolásticas del venerable Derecho Natural era la universalidad de determinados principios. Puede que sí. Puede que, para que una sociedad se aguante frente a cualquier contingencia de caos, haya de ser ineluctablemente «repressiva». Habría que discutirlo. Las sugestionaciones anarcoides, idílicas, resultan cada día menos compatibles con la realidad de las muchedumbres aglomeradas por la industrialización, hambrientas de todo, de alimentos, de fármacos, de ocio, de fantasía, de sexo, de seguridad, de aire, de... Lo «razonable» se interpone en ello. «Razonable» y «racional»: «racionalidad», «razón». La combinación semántica arrastra unos vicios de origen opulentos. De vez en cuando, uno, que se desea «racionalista», porque está convencido que no hay alternativa a la «razón», se encuentra con justísimas reticencias objetantes. «¿Y a qué le llama usted «razón», pongamos por caso?» Ya se ve venir la amenaza: los torvos fantasmas de la «sensatez», de la «cordura», del «juicio», del «sentido común», y otras hierbas, son manufacturas doctrinarias-legislativas que responden a intereses de clases, a obsesiones de credo,

a rémoras ancestrales. ¿Qué más racional ni racionalizado —no digo «racionalista»— que el tinglado en que estamos metidos, unos y otros, en la jurisdicción neocapitalista y en la socialista? Hay ratos en que el observador ingenuo se inclina a sospechar que los «locos» son ellos: los tecnócratas, los profesores de economía, los sociólogos, los brujos de las «multinacionales» o de las «planificaciones» de derechas y de izquierdas...

La pregunta elemental, previa al embrollo opulento que se nos cae encima —opulento en tanto que embrollo, claro está—, es sencillamente: ¿qué es la «razón», qué «lo razonable», a estas alturas? Las trampas montadas bajo estas etiquetas, ¿a dónde nos llevan? ¿Qué cantidad de irracionalismo se esconde en las formulaciones «racionalistas» que se nos ofrecen? La «razón» es sólo un método, una operación lógica, un discurso matemáticamente lúcido, susceptible de ponerse al servicio de tal o cual maniobra, por irracional que sea? Algo de eso hay, y mucho. Nuestros venerables bisabuelos de la «Enciclopedia» no habrían sabido imaginar estas consecuencias tan ofuscadas. Para ellos, la «razón» era un medio y un fin, medio y fin solidarios, indiscernibles, arraigados en una sola proposición liberadora. Hoy, la «racionalidad» está a las órdenes de lo irracional, y así nos luce el pelo. Lo de menos son las anécdotas pintorescas, como los horóscopos confeccionados con ibeemes, o el neocatarismo del libro de bolsillo, o el chiste de los «ufos» —«ovnis» en la jerga local— tiernamente juliovernesco. Lo que pone carne de gallina es la cantidad de desmanes que en nombre de la «razón» se cometen contra la «razón». Van desde las agresiones ecológicas hasta la estupidización de las propagandas, espléndidas las unas y la otra en cuanto a «racionalidad». Todo está programado... ¿El «loco»? ¿La «locura» es y siempre fue un problema de neuronas y/o de glándulas. Más allá de eso, ya constituye un cambalache o una martingala «sesuda» o «juiciosa»... No llegaban a tanto don Renato Descartes, ni don Dionisio Diderot, ni don Francisco María Arouet, intelectuales burgueses, enviadables intelectuales que luchaban por la «razón» sin miedo a que les saliese la criada respondona...

Joan FUSTER

COMERCIO
ALTOS ESTUDIOS

Academia Cots

IDIOMAS
TAQUIMECANOGRAFIA

Casa Central: Av. PUERTA DEL ANGEL, 38 - Sucursales Urbanas: Aribau, 169; París, 185; Rda. San Pablo, 51; Enseñanza por Correspondencia: Apartado 782 - Barcelona